



AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 27.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edición de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerías en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edición de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.

Edición sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: Don Abelardo de Carlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Librería de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Baux.
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario. — Vestidos de paseo y de viaje. — Peinados de M. Croisat. — Dos orlas de trencilla. — Corpiños de muselina. — Vestido de verano. — Trage de debajo de tafetan verde claro. — Trage-funda de sultana color de paja. — Trage de tafetan á listas grises y negras. — Trage de moer paja. — Trage corto de pelo de cabra gris. — Trage de tafetan gris. — Trage de fulard gris de Suecia. — La violeta silvestre. — Teatro indio. — Los recuerdos en el campo. — Los vecinos de Darlingen. — Un colegio de señoritas en provincia. — Problemas de ajedrez. — Explicación del figurin iluminado.

Vestido de popelina gris, adornado con rómbo de tafetan violeta, figurando un trage corto; los mayores de estos rómbo tienen 7 cents. y medio en cuadro; botones violetas de pasamanería. Paletot igual al trage.

Peinados de M. Croisat.

N.º 1 y 2. — *Peinado muy sencillo para señorita.* — Se divide el cabello de modo que la línea ó carrera transversal esté á 12 cents., poco mas ó menos, de distancia de la frente; se peina hácia adelante el cabello de detrás, debajo del cual se fija un crepé grueso, que se cubre con este mismo cabello, peinado ahora hácia atrás; se ata el cabello por debajo del crepé con la parte media de una cinta de 1 metro y 40 cents. de largo: se le enrolla (véase el dibujo número 2), y se ata la cinta en lo alto de la cabeza, despues de haber dividido el cabello de delante por

ambos lados en dos partes que se reunen formando torcete, y que se fijan debajo de la castaña; el cabello de delante puede ondularse ó dejarse liso, segun se quiera.

N.º 3. — *Peinado para señora de 50 á 60 años.* — Por ambos lados el cabello de delante se divide en dos partes, que se rizan enrollándolas sobre dos dedos, y se fijan con un peinecillo; la castaña es postiza, ó tambien puede ejecutarse con arreglo á las indicaciones del dibujo n.º 2.

N.º 4. — *Peinado para señora de 40 á 50 años.* — Se divide el cabello de delante de modo que forme una punta (véase el dibujo); si este cabello no es suficientemente espeso para formar los siete bucles que se sujetan con horquillas, se le anaden otros bucles preparados; trenza natural por detrás, castaña trenzada postiza.

Dos orlas de trencilla.

N.º 1. — Orla de trencilla y punto de espina.

N.º 2. — Orla para trages, zagalejos y confecciones; los puntos negros representan cuentas pequeñas.

Corpiños de muselina.

Publicamos estos dibujos para indicar el empleo

de diversos adornos, de los cuales hemos dado ó daremos las explicaciones y dibujos.

El corpiño número 1, está adornado con unaguarnición, la cual se hace al crochet y con cinta.

El corpiño número 2 (visto por delante y por detrás) se adorna con una hoja bordada. Se ejecuta á punto de feston; los lunares se hacen á pun-



VESTIDO DE PASEO Y DE VIAGE.

Vestidos de paseo y de viaje.

Zagalejo plegado y corpiño montante, de cachemira ó fulard blanco; trage corto y paletot sin mangas de fulard ó moer gris, cortados á dientes orlados por un ruló de tafetan negro.



VESTIDO DE PASEO Y DE VIAGE.

to ruso, luego se recorta la hoja, y cuando se tiene un número suficiente de ellas, se las aplica sobre la cinta que guarnece el corpiño. Este bordado, sobre nansouk ó muselina, puede ejecutarse con algodón azul ó seda negra, segun se quiera.

En vez de estas hojas se pueden poner rosáceas

Acompaña a este número el patron ilustrado n.º 6 del presente año.

JULIO DE 1867.

ó rosetones. Sus contornos se festonean y luego se recorran; por la parte interior se hacen puntos de encage.

Vestido de verano.

Zagalejo de alpaca blanca. Trage corto, igual al zagalejo. La guarnición del corpiño se compone de rizados de cinta maiz muy estrecha, puestos por ambos lados de unas tiras cortadas al sesgo, iguales al trage; una trencilla negra cubre la costura de cada rizado; los dientes del borde inferior se orlan con cinta maiz sobre la que corre una trencilla negra; esta cinta se frunce un poco, según lo exijan las ondulaciones.

LA VIOLETA SILVESTRE.

Hace muhísimos años que en el sombrío valle de San Daniel, inmediato á la ciudad de Gerona, existía una familia, que si no rica, no le faltaba tampoco

rada por todos los habitantes de aquellos contornos, que la llamaban siempre la *Violeta silvestre*.

Este nombre, asaz poético, era debido á la modestia y sencillez con que solia presentarse.

Sumamente arraigados en ella los sentimientos religiosos, todos los dias, menos en el rigor del cru-

conocian.

Con sus ahorros podia comprarse algunas prendas propias de la clase á que pertenecía, y se presentaba aseada y limpia, especialmente en los dias festivos, en que se adornaba con algunas flores que ella misma cultivaba.

Muy raras veces concurría á los *aplech*, ó reuniones en que se bailaba la danza del pais.

Sin embargo, una tarde que alegre y sonriente, cual solia, se fué á uno, volvió triste y pesados experimentando extrañas emociones.

La noche próxima la pasó en un completo insomnio.

Así que despuntó el dia siguiente, cogiendo las mas bellas flores de su jardin, se dirigió al santuario á ofrecerlas á la Virgen de los Angeles.

Adornó con ellas su altar, y prosternándose fervorosa ante la imagen, la rogó que le devolviera su perdida calma.

De esta suerte pasó triste y pensativa toda la semana, esperando con ansia el domingo.

Llegó este al fin, é Inés, vistiéndose y adorna-



N.º 3.—PEINADO PARA SEÑORA DE 40 A 50 AÑOS



N.º 1.—PEINADO MUY SENCILLO PARA SEÑORITAS.



N.º 2.—PEINADO MUY SENCILLO PARA SEÑORITAS.



N.º 4.—PEINADO PARA SEÑORA DE 40 A 50 AÑOS.

medios con que vivir modestamente y con algun desahogo.

Compuesta de un padre algo anciano y dos hijos, era tenida por un modelo de virtud y de honradez.

El mayor de aquellos, llamado Anselmo, llevaba sobre sí casi todas las cargas de la familia, trabajando todo el dia para dar ejemplo á los mozos y jornaleros que estaban bajo su direccion.

En tanto Anselmo y su padre se hallaban ocupados en las faenas del campo, Inés se entregaba tambien á los quehaceres domésticos, propios de su sexo.

En la época á que nos referimos, frisaba Inés en los diez y ocho abriles.

Era de mediana estatura, cuerpo gentil y agraciado rostro.

Amable y bondadosa hasta el extremo; era ado-

do invierno, se levantaba con la aurora y se dirigia, acompañada de una mujer de algunos años que la servia de madre, al inmediato santuario de los Angeles para oír misa.

Semejante comportamiento no pudo menos de inspirar la admiracion y la simpatía de cuantos la

se con la sencillez que acostumbraba, se fué con sus compañeras al *aplech* á que habia estado el dia festivo anterior.

Al llegar allí, sus ojos se volvian á todas direcciones, como buscando un objeto deseado en que fijarse, y no sabian encontrarlo.

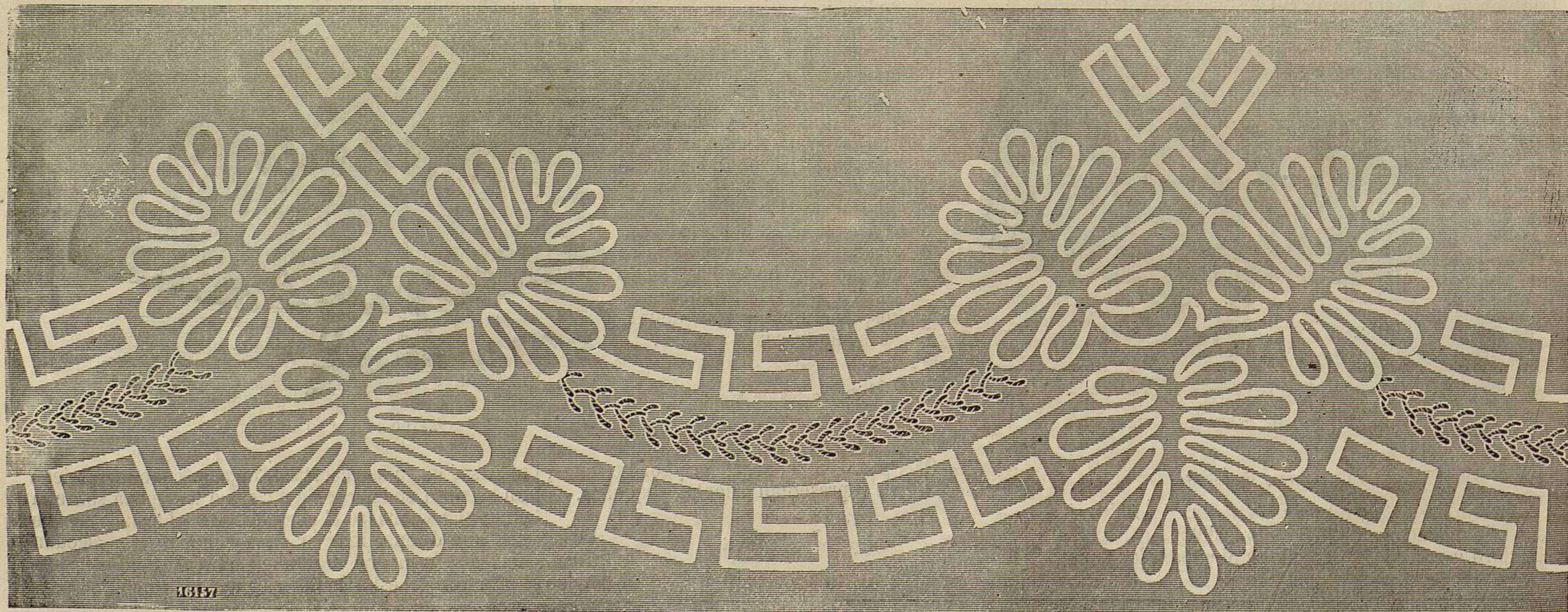
Inés suspiraba continuamente, manifestándose poseída de un pesar interior, y en vano sus amigas le preguntaban la causa.

¿Como habia de contestar, si ella misma casi la ignoraba?

Por último, exhaló un grito, y su faz se cubrió con los bellos atractivos del rubor.

Inés amaba, y amaba sin saberlo.

Inocente y pura, cual el nombre que la daban, sentia brotar en su alma la flor de los primeros amores, aspirando la apacible melancolía y las inquietu-



N.º 1.—ORLA DE TRENCILLA Y PUNTO DE ESPINA.

des que le son inherentes como las espinas á la rosa.

Acababa de ver al gallardo mancebo que en el *aplech* anterior la habia inspirado el desconocido sentimiento que experimentaba, y oprimido su corazon latia con fuerza.

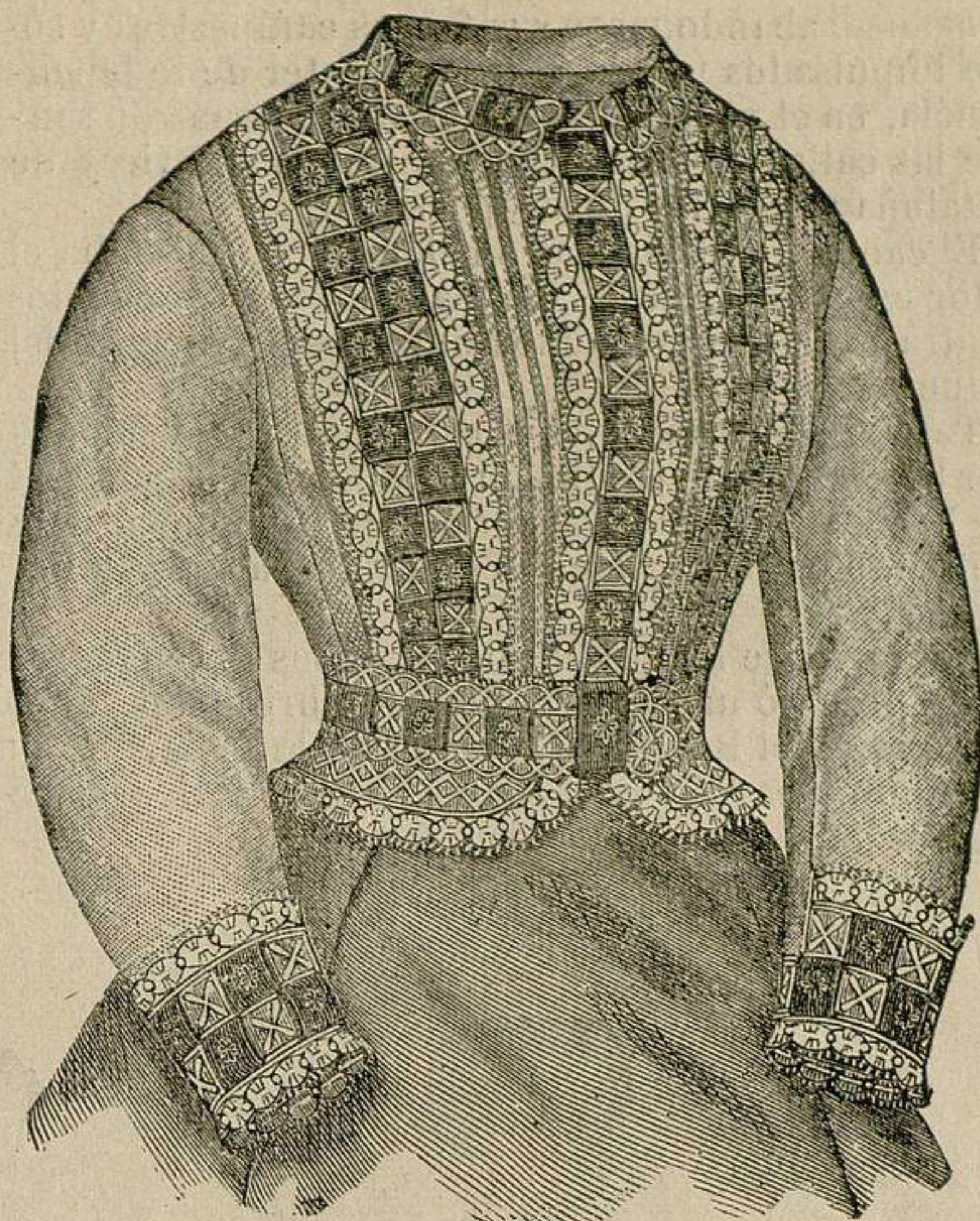
Acercóse á saludarla el jóven, é Inés se creyó dichosa.

El mancebo era alto, robusto, laborioso, hijo tambien de una honradísima familia y digno de alcanzar la mano de la inocente Inés.

En medio de esas delicias que los corazones puros sienten al comunicarse sus emociones de ternura, se declararon ambos su amor y ambos se amaron.

—¡Bendito el dia, dijo él, en que podré poseer tu corazon, hermosa mia!

Al oir estas palabras la pudorosa doncella, fijaba



CORPIÑO N.º 1.

nes continuaron adorándose mas y mas.

Empero, en aquel cielo de doradas ilusiones hubieron de aparecer las tempestuosas nubes del dolor.

Era una tarde del mes de mayo.

El padre del dia, que brillante como un globo de fuego, rodeado de celajes de púrpura y de grana, iba lentamente deslizándose por el espacio, iba á ocultarse en el horizonte entre las montañas de *San Grau y Rocacorba*.

Las nieblas, extendiendo sus velos de gasa, encerraban en sus pliegues las primeras sombras de la noche.

Bajo el ramaje de la encina donde todos los dias

se veian los dos amantes, Inés estaba aguardando con impaciencia suma.

Tenia embargada el alma por un solo pensamiento; por un solo deseo.

Era ya muy tarde, cuando divisó al mancebo que se dirigia hácia ella, cabizbajo como herido por el dolor.

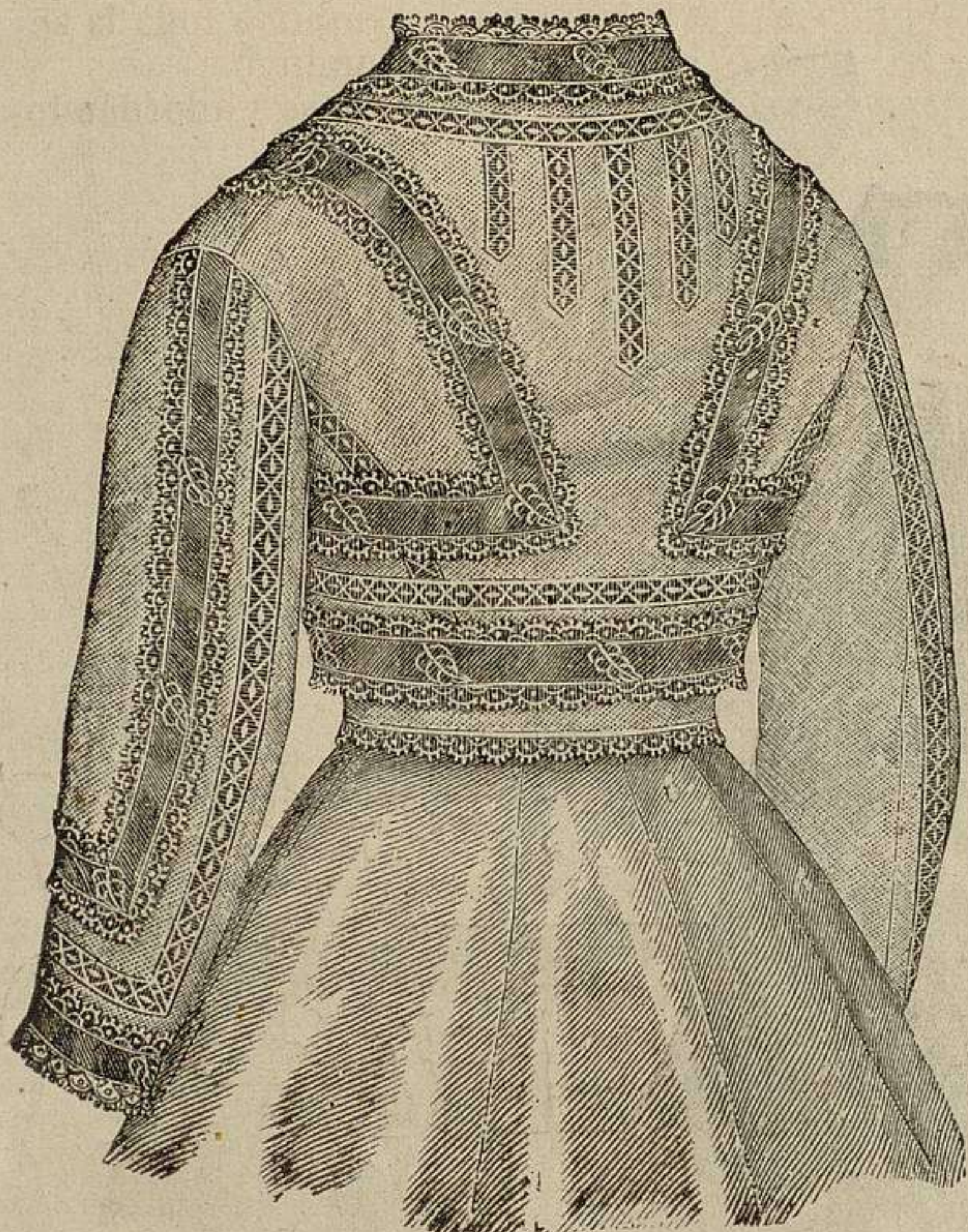
El alma de la jóven pareció cubrirse tambien de luto, pues que la tristeza que se retrataba en su amante fué para ella de triste presagio.

Un momento despues, ambos se abrazaban con ternura confundándose sus almas en una sola emocion, no acordándose mas que de la dicha presente.

Pasados aquellos primeros instantes de inefable dicha, Inés preguntó al mancebo.

—¿Por qué has venido tan tarde? ¿Qué te aflige?

—¡Ay, Inés mia! repuso él suspirando amarga-



CORPIÑO N.º 2.



CORPIÑO N.º 2, VISTO POR DETRAS,

al suelo sus ojos y se enrojecia su frente.

—Bella Inés, prosiguió el jóven, grabada está en mi pecho tu imagen; siempre pienso en tí, contigo sueño... ¿Te acuerdas tú alguna vez de mí?...

—No sé..., respondió la niña, si es pensar en tí pasar la vida sin reposo, sin la calma que hu-
yó de mi pecho desde que me hablaste.

—¡Inés de mi corazon!

—Sí, continuó la doncella dejándose arrastrar por su emocion; siempre estoy creyendo que percibo tu voz en el murmullo del rio y en el susurro del aura que orea las hojas del roble que da sombra á mi ventana; y creyendo estoy muchas veces tambien que te veo flotar entre los vapores de plata de las estrellas cuando por la noche dirijo mis ojos al cielo para rogar á Dios y á la Virgen Santa.

—Astro brillante de mi esperanza, herido de amor está tu corazon, y dulces lazos le unen el mio.

Desde aquel dia los dos jóve-



VESTIDO DE VERANO PARA SEÑORAS Y SEÑORITAS.

mente; vengo á darte una noticia harto triste.

—Di, acaba pronto, por Dios.

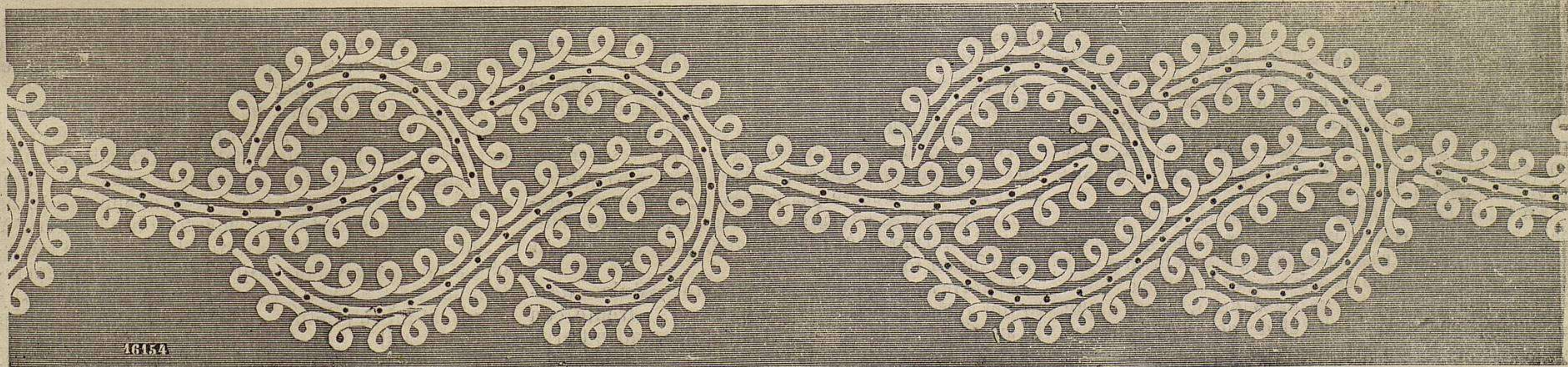
—Así que despunte el alba del nuevo dia tengo que partir á la guerra.

—¡Cielo santo!... exclamó la doncella juntando las manos sobre el pecho y alzando al cielo sus ojos, anegados en lágrimas.

—¡Confía en Dios!

—Eugenio mio, ¿no me engañas?

—¡No, hermosa Inés, no! Por todas partes se levantan somatenes contra los de Castilla, contra esos aventureros de Felipe IV, que tratan á Cataluña como un pueblo esclavo; y tambien contra los franceses que pretenden erigirse en señores de la patria de nuestros antiguos condes. El *desperta, ferro!* ha resonado ya en las montañas catalanas, y todo jóven que sienta latir en su pecho el corazon de los bravos Almogávares, debe abandonar la esteva para



N.º 2.—ORLA DE TRENCILLA.

blandir la lanza y empuñar la espada.

Al oír esto, la hermosa doncella suspiró; dolientes y abrasadoras lágrimas, cual líquidas perlas, rodaron por sus mejillas.

—No llores, tierna amada mía, que si al cielo place, presto me verás á tus plantas para ofrecerte los laureles de la victoria.

—¿Y si adversa la suerte hace que mueras por tu patria?

—Entonces, adorada Inés, ruega por mí á la Virgen de los Angeles, nuestra protectora, para que en el cielo puedan unirse nuestras almas.

Y dándole un tierno adios, se desprendió de los brazos del amor.

Inés, sin poder articular una palabra, siguió con la vista al tierno mancebo, que en breve desapareció en uno de los recodos del monte.

Entonces, haciendo ella un esfuerzo sobre sí, y

venganza, abandonaron sus faenas campestres y cómo impulsados por su innato carácter de independencia, en el mismo día del *Corpus* regaron con sangre las calles de Barcelona, asesinando al virey de Cataluña y á varios de sus partidarios.

El canónigo Claris, con su elocuencia, infundía el valor en el corazón de los catalanes, animándolos contra los enemigos de los antiguos privilegios del Principado.

Temiendo, empero, los catalanes ser vencidos por las huestes de Castilla, reconocieron á Luis XIII de Francia por conde soberano de Barcelona, prometiéndoles este ayudarles contra las armas de Felipe IV.

Entonces de la corona condal de los Berengueres se desprendió uno de sus mejores brillantes, apoderándose del Rossellon el reino de Francia.

Pronto, pues, conocieron los bravos catalanes que

los Angeles, y sus puros labios murmuraron una plegaria.

La campana de la pequeña iglesia tocó á misa y la bella Inés fué á oír, según costumbre.

Poco después corrió hacia el lugar en que se levantaba la encina, mudo testigo de la triste despedida de los dos amantes.

Pero ¡cuál fué su sorpresa al ver que al pié del árbol había brotado durante la noche una violeta con dos flores!

Habiendo nacido ambas en un mismo tallo rozábanse suavemente sus cárdenas corolas, cubiertas aun de rocío matutino, que herido por los rayos del sol brillaba cual puntas de diamante.

Llena de felicidad, Inés no pudo menos que besarlas y lo hubiera hecho quizás mil y mil veces á no ser por el temor de marchitarlas al soplo ardiente que brotaba de sus labios.



EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de debajo de tafetan verde claro, guarnecido con un volante rizado, recortado por ambos bordes. Trage corto de linó blanco, recortado á puntas redondeadas, que se ribetea con tiras de tafetan verde; estas tiras se adornan con bucleillos de trencilla blanca. Paletot de tafetan verde claro, con dedillos ribeteados de tafetan verde oscuro.

Trage-funda de sultana color paja, con bandas de tafetan color castaño; botones gruesos forrados de tafetan castaño.

Trage de tafetan á listas grises y negras. Paletot de paño de seda negro, bordado, adornado con encages estrechos.

cayendo de rodillas, exclamó llorosa y con balbuciente labio:

—¡Dios de los ejércitos, protegédle!... Y vos Virgen de los Angeles, vos que tanto habeis hecho por mí, vos que sois el amparo de los desgraciados y el consuelo de los afligidos, dadle suerte; haced que vuelva sano y lleno de gloria, y os ofrezco bordar con mis propias manos un manto de seda azul para adornar vuestra imagen.

En tanto Eugenio fué á reunirse con los demás paisanos armados de aquellas montañas, que se levantaron para engrosar los somatanes alzados por varios de los principales señores de Cataluña.

Refiere la historia los grandes desórdenes á que en aquel tiempo dió lugar el despotismo con que los tercios del conde-duque trataban á los catalanes.

Sabido es también cómo los payeses, al grito de

sus aliados iban de mala fe, y trataron de rechazar á las huestes de San Luis y á los castellanos, para combatir solo en favor del Principado.

Eugenio vióse obligado á tomar parte en aquella lucha y tuvo que abandonar á la tierna Inés, dejándola sumergida en el mayor desconsuelo.

Ya el alba con sus dedos de rosa iba recorriendo el velo de las sombras, bañando de oro y púrpura el mundo, y entre las ramas de los árboles entonaban las aves sus himnos de amor, cuando se levantó la hermosa jóven, sin haber podido conciliar el sueño en toda la noche.

Al abrir la ventana de su aposento, el dulce aliento del aura matinal vino á refrescar su frente con la suavidad de la respiración de una madre tierna cuando imprime un beso en la mejilla del hijo que duerme en sus brazos.

Dirigió al instante la vista hacia el santuario de

Conmovida por gratas emociones, llevaba la mano al corazón como para contener los latidos que fuertes y violentos se sucedían en él, cual si quisiera saltársele del pecho.

—¿Quién no pensará en tí, amado Eugenio, exclamaba Inés, con la mayor dulzura y en medio del éxtasis profundo en que se hallaba sumergida; ¿quién no pensará en los dulces instantes que pasamos aquí, al pié de esta encina, hasta que la noche empezaba ya á estender su estrellado manto sobre la tierra? Y vosotras candidas violetas, vosotras que me recordais á mi amor; vosotras que sois ahora toda mi felicidad, toda mi vida; vosotras que sin duda participais de mi inquietud... ¡ah! ¡cuán grande cariño me inspirais!

Y las dos violetas, al oír estas palabras se aproximaban y separaban suavemente, como si quisieran dar á entender que se besaban.

La enamorada joven, que así lo comprendió, sonrióse con la mayor ternura, y arrastrada por su entusiasmo, selló con sus labios el puro beso de las flores.

De esta suerte, y entre temores y esperanza vió Inés trascurrir muchas y muchas mañanas.

Un día en que se levantó mas afligida que de costumbre, despues de haber ido á misa al santuario al hacer la visita á la encina y á las dos violetas, hallólas enteramente separadas.

La candorosa niña acercóse á ellas, exclamando con triste acento.

—¡Oh!... ¿qué ha pasado?... ¿qué le sucede á Eugenio? ¿le han herido acaso los enemigos de mi patria?...

Y al ir las á besar, cayó de sus ojos una lágrima que quedó colgando, cual líquida perla, de uno de los pétalos de la flor; lágrima ardiente que encerra-

como aletargada, bullendo en su exaltada imaginación mil extraños pensamientos, hasta que en el delirio de su fantasía creyó oír una voz misteriosa que le decía:

«—Vé, corre al lugar donde se halla la encina que todos los días visitas, y tirando piedras á su copa, vas á saber cuándo volverás á ver á tu amante. Si la primera que arrojes se queda entre las ramas del árbol, al cabo del año vendrá Eugenio; si no, hasta el fin de los que te indique el número de piedras que hayas tenido que lanzar, no le esperes.»

Despertóse azorada Inés, y teniendo confianza en lo que juzgó aviso del cielo, corrió en seguida hacia el punto donde se hallaba la encina. Cogió una piedra y la tiró al árbol, encomendando su suerte á la Reina de los Angeles.

Agitaróse misteriosamente sus ramas heridas por el proyectil, y como accediente á los deseos de

meses siglos.

Por fin, vino á cumplirse el término esperado.

Muy de mañana dirigióse Inés al lugar en que se levantaba la encina, bajo cuyo verde follaje, como en un nido de amor, se cobijaban las dos violetas que vivían por milagro.

Allí aguardó algún tiempo, pero en vano.

Eugenio no llegaba.

Causada de esperar, retiróse á su casa con el corazón traspasado de dolor.

Mas tarde volvió otra vez, y ora creyendo divisarle á lo lejos, ora sufriendo un desengaño, vióse obligada de nuevo á abandonar aquel sitio que tanto la habia visto gozar un tiempo, como despues la vió padecer y sufrir.

De esta suerte, juguete de mil dudas y mil fallidas esperanzas, pasó Inés el día.

Empezaba ya á anochecer, y Eugenio aun no lle-



EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de moer paja, con guarnicion de tafetan color castaño. Manteleta de paño de seda negro.

Trage corto de pelo de cabra gri, con galon de cuentas, Manteleta de tafetan negro, con galon de cuentas.

Trage de tafetan gris, con manteleta de tafetan negro.

Trage de fulard gris de Suecia, con guarnicion de cinta negra de moer. Manteleta de tafetan negro.

ba toda una historia, todos los misterios del amor de Inés.

—Y era que, inocente, no supo comprender que la separacion de las dos flores pudiese significar celos.

Eugenio temia que durante su ausencia Inés, iba á olvidarle, y se apoderaron, en efecto de su corazón los celos, ese martirio que nos devora en silencio agostando las ilusiones del alma.

La tierna Inés, dotada de una candidez inmensa, nada recelaba, pues al amar, lo hacia siguiendo los dulces sentimientos que se animaban en su pecho, y creia en el cariño, en la fé de un corazón que, como el suyo, era incapaz de faltar á sus juramentos de amor.

Sumergida en mil tétricas ideas, pasó llorando todo el día y la noche en un completo insomnio.

Hacia la mañana, rendida por el sueño, se quedó

la preocupada joven, se guardaron la primera piedra que les arrojó.

Llena de gozo Inés, postróse inmediatamente y dió gracias á la Virgen.

Al levantarse, observó las dos violetas unidas y como si se besaran.

Corrió hacia ellas y las colmó de caricias, haciéndolas participes de la felicidad que sentia.

Con la mayor impaciencia esperaba la cándida doncella el fin del plazo en que debía volver á ver á su amado Eugenio.

Este plazo fatal era una eterna noche para el corazón de Inés.

Su postrer momento debía parecerle como la aurora de un sol mas bello que la primera ilusion de amor.

Hasta entonces, los dias fueron para ella años, los

gaba. Triste y pesarosa, la joven desconfiaba ya de volverlo á ver, cuando al dar la última mirada hacia el punto donde debía venir, creyó divisarle.

Corre en seguida á salirle al paso, dándole alas su impaciencia y aliento su amor.

Oh! imposible es describir la felicidad que en su encuentro experimentaron los dos amantes!

Ni uno ni otro hallaban palabras con qué explicarse sus deseos y sus inquietudes, sus incertidumbres y sus ansias.

Las lágrimas y los suspiros sirvieron de fiel intérprete á los sentimientos que aquellas dos almas experimentaban.

Inés acompañó á Eugenio hasta el pié de la encina, y mostrándole las dos violetas, refirióle su historia, que no era mas que el relato de una serie de tristes presentimientos, de halagüeñas esperanzas y

de inexplicables dudas.

Con la mas religiosa gratitud postráronse los dos, y ambos oraron con fervor, uniéndose sus almas en una sola emocion de piedad, como se unen en el espacio las aromas de las flores.

A los pocos días, el interior del santuario ofrecia un risueño aspecto.

El altar de la Virgen estaba profusamente adornado de ramos, guirnaldas y encendidos cirios, y los amantes se juraban eterna fidelidad.

Eugenio é Inés se desposaban.

Al concluirse la augusta ceremonia, la doncella ofreció su casta corona nupcial á la Reina de los ángeles y de las vírgenes.

Cumpliendo al propio tiempo su promesa regaló á la imagen un rico manto de seda azul, bordado y recamado de oro.

Debemos recordar que entre las flores que en aquel día adornaban el templo, se hallaban en primer término las dos misteriosas violetas.

Dice la tradicion que estas no se marchitaron hasta despues que hubieron fallecido los dos esposos.

Desde entonces, las doncellas que van en romería al santuario de los Angeles, al pasar cabe aquella añosa encina, que aun eleva al cielo su ramaje llenas de esperanza, arrojan piedras á su inmensa copa para saber cuánto tardarán en encontrar marido.

N. B. DE ILLA.

TEATRO INDIO.

(CONCLUSION.)

Concluida esta escena despues de algunos otros pormenores y retirada la reina corre Urvasi, aproximase por detrás á Pururavas y le tapa los ojos con las manos. Pururavas la reconoce, sin embargo, demuestran ambos amantes su regocijo y termina el acto quedando Urvasi al lado del rey y volviendo á los cielos su amiga Tchitrallekha.

Al principio del cuarto acto el teatro representa la selva de Acalucha en las alturas de el monte Gandhamadana, y por una conversacion habida entre Tchitrallekha y otra ninfa llamada Sabadjanya se entera el espectador de una desgracia ocurrida á Urvasi. Pururavas cediendo á los deseos de esta habia abandonado por algun tiempo los cuidados reales y retirádose con ella á los bosques de Gandhamadana, donde ambos amantes estaban contentos y dichosos, cuando un día en que vagaban por las orillas del rio Mandakini una ninfa que jugueteaba entre sus cristalinas ondas llamó la atencion del rey.

Celosa entonces Urvasi se alejó, rechazó á este, oscurecióse en tales momentos su espíritu á consecuencia de la maldición pronunciada por Bharata y sin recordar la ley establecida por el dios de la guerra prohibiendo á las mujeres la entrada en los bosques funestos de Cartikeya, traspasó el límite fatal y se encontró transformada de repente en una liana, causando la desesperacion de Pururavas que afligido por su rápida fuga y sin saber su triste suerte, la buscaba por todas partes como un insensato.

Indicados estos antecedentes cambia la decoracion, y el teatro representa otra parte de la selva. Durante casi todo el resto del acto, todo se reduce á un extenso monólogo alternado con cantos interiores, músicas y preludios; monólogo en el cual el desconsolado Pururavas se lamenta de la pérdida de su adorada, y pregunta por ella á los cisnes, á las abejas, á los elefantes, á los pavos reales, al pájaro cokila y hasta á las rocas, árboles y plantas. El acto es, pues, en su mayor parte enteramente lírico; pero su falta de accion se suplia á los ojos de los indios por la delicadeza de sus pensamientos y expresiones y la belleza de sus versos, músicas y cantos.

Por fin luce de repente en el aire una llamarada y cae á los piés del desolado rey un precioso rubí cuya vista le sorprende. Dispónese, sin embargo, á dejarle abandonado cuando una voz que resuena desde lo alto le dice que aquel rubí tiene una virtud maravillosa, advirtiéndole que le recoja y que si así lo hace muy pronto cesará de gemir.

Recójale, en efecto, y apenas lo ha hecho siente atraídas sus miradas por una lánguida y solitaria liana apoyada contra el tronco de un grueso árbol; dirígese hácia ella, abrázala movido por un impulso misterioso y la liana se transforma en su querida Urvasi. Los dos amantes, vueltos á la dicha, se estrechan cariñosamente y disponen tornar á la capital del reino, Pratisthana, descuidada desde algun tiempo antes por el monarca.

El quinto acto tiene lugar en Palacio. Manava aparece en escena y apenas ha pronunciado algunas palabras cuando oye un gran ruido de voces interiores, las cuales se lamentan de que un halcon ha robado el rubí milagroso que habia servido para el desencanto de Urvasi. Sale en esto Pururavas seguido de un cazador y de varios servidores. Distínguese aun al ave que se aleja por los aires y se vé relumbrar la cadena de oro de la joya que pende de su pico, pero cuando traen al rey el arco y las flechas ya el raptor ha desaparecido á lo lejos. Da entonces el monarca las órdenes mas apremiantes para que se persiga al halcon por todas partes y hácia donde quiera que se dirija y en efecto no tarda en volver un chambelan trayendo el rubí y la flecha con que se há dado muerte al halcon. Pero ¡cuál es la sorpresa del rey al leer en ella la siguiente inscripcion! *Flecha del triunfante Ayous hijo de Urvasi y de Pururavas*. Este que no tenía conocimiento de tal hijo recuerda, sin embargo, que

mucho tiempo atrás (pues entre el acto cuarto y el quinto median bastantes años) hubo una ocasion en que Urvasi pareció atravesar una crisis especial y hallarse en circunstancias extraordinarias y penosas, pero á eso se limitan los datos de su memoria.

En esto se presenta una anciana penitenta de la ermita de Tchyavana trayendo un niño de la mano.

Este niño, dice, es hijo de Urvasi y por alguna razon desconocida fué confiado secretamente á mis cuidados desde su nacimiento, habiendo sido educado segun la ceremonia de la casta guerrera, pero hoy há disparado una flecha contra un halcon que estaba sobre un árbol, le há muerto, há derramado su sangre y por tanto desde este momento cesa mi tutela y no puede continuar viviendo en aquella santa morada. Tal es el motivo porque se le devuelve á Urvasi.

Mandada llamar esta inmediatamente le reconoce al instante y se le presenta á su padre, mas al punto se deshace en profundas y amargas lágrimas. Pregúntale Pururavas la causa de su repentino dolor y ella le responde lo siguiente: Cuando por vuestro amor abandoné con alegría los cielos, el dios Indra me permitió que viniera con vos, pero advirtiéndome que esta union cesaría cuando viérais al hijo que yo os daría. El temor de esta desgracia fué el que me hizo ocultar su nacimiento, pero hoy há llegado el término fatal y hé aquí que vuestro hijo viene á vuestro lado para consolarnos de mi pérdida.

El dolor de tan imprevista separacion no dura mucho tiempo. Narada génio celeste, baja de los aires y anuncia á Pururavas que Urvasi y él permanecerán unidos por toda la vida pues los dioses así lo determinan, advirtiéndole á la vez que se prepare á auxiliarlos con su valor en una guerra que pronto tendrá lugar en el cielo.

Al punto que esto queda dicho desciende á la escena una multitud de ninfas que traen consigo un trono, ornamentos reales y un vaso de oro con agua del Ganjes celeste. Verifícase entonces la ceremonia de consagrar la coronacion del príncipe Ayous como asociado de su padre y el drama termina entre la alegría universal.

Tal es la obra de Kalidasa titulada *el héroe y la ninfa*. Su argumento queda expuesto, pero solo leyéndola puede formarse cabal idea del gusto delicado, de la elegancia literaria y del tacto exquisito con que está escrita. Urvasi es un tipo de inocencia, de sencillez y de cariño, con todo el amor de una mujer apasionada y toda la timidez y dulzura de un niño. El contraste entre los arrebatos eróticos de Pururavas y las aficiones humildes, golosas y regalonas de su fiel Manava presta indecible amenidad á la accion. Esta se desarrolla con uniformidad y con bella gradacion y de su conjunto queda una impresion grata y halagüeña en el ánimo. Los pormenores están cuidados y contribuyen perfectamente á la armonia general del cuadro.

El carácter de la obra es semi-mitológico, pero no se imagine por esto que tal es tambien el sello de todas las producciones dramáticas de la hermosa y espléndida literatura indiana. Dramas hay en ella que pertenecen á la vida íntima como *Lalatti y Madhava*, de Bhavabuti, que es esencialmente amoroso; otro como el *Viddha Salabandjika*, de Radjasekhara, que corresponde al género de intriga; otros como el *Mondra Rakhasa*, de Visakhadatta, de colorido esencialmente político é histórico, y otros como el *Mritichakati*, de Sadraka, que pudiéramos llamar de costumbre. Justamente la literatura dramática de la India aunque no presenta un repertorio muy considerable, ofrece todos los géneros imaginables, de obras desde las mas fúnebres y espeluznantes en que se llega al mismo canibalismo, hasta las mas chocarreras y asainetadas llenas de chistes y cuadros poco decorosos, pasando por los diversos matices y dibujando en ellos tipos preciosos de mujer y escenas de un encanto suave y tranquilo indescriptible.

Pero no queremos estendernos más y terminamos ya nuestra tarea.

Quizás en otros artículos daremos á las lectoras de LA MODA algunos nuevos pormenores sobre la misma ó otra rama de la inagotable literatura de la India.

JUAN ALONSO y EGUILAZ.

RECUERDOS EN EL CAMPO.

Campos de Cuba, mansion de la lírica armonía, donde la excelsa poesía tiene en cada corazón raudales de inspiración, en vuestros bosques fecundos que contienen de dos mundos ejemplos que meditar, viene mi alma á exhalar sus recuerdos moribundos.

En tus rústicos palmares cuántas veces silenciosas sentí gemir la tojosa; y de blancos azahares cuántas otras en mis lares tegí corona sencilla, y de roja maravilla la entrelacé diligente para adornar la inocente blanca sien de mi hermanilla!

Aquí en la noche callada oía silbar el grillo, y al son del canto sencillo de africana esclavizada, me dormía yo arrullada por la dulce melodía del viento, cuya armonía,

cual murmullo doloroso de otro mundo misterioso, á mis oídos venía.

Cuántas veces recorrí estos escarpados montes, y su nido á los sinsontes le robé del *ponasi*, y travesando bebí, ardiendo en delicias sumas, al lado de las *jocumas* el fresquísimo rocío, que, como perlas del río, destilaban las *yagrumas*.

Tras este roble empinado silenciosa me escondí y contemplé el colibrí en las flores del *granado*: allí en aquel monte alzado cubierto de *campanitas*, iba yo las tardecitas llena de inocente embullo á escuchar el dulce arrullo de las tiernas tortolitas.

Y las lindas mariposas con astucia aprisioné, y admirada contemplé sus galas maravillosas; y en las márgenes verdosas de aquel arroyo luciente recogí alegremente el *camelote* nevado, para tejer sin cuidado adornos para mi frente.

Dejadme ahora piadosos que apague mi sed impía con la divina ambrosía de vuestros frutos sabrosos: volvedme los armoniosos cantos de las avecillas, y dadme las florecillas de matizados colores con que otros días mejores formé coronas sencillas.

Campo de Cuba bendito, si feneció mi ventura, y la amarga desventura cual la herencia del proscrito habeis en mi frente escrito, recoged las doloridas lágrimas mías queridas, que brotan del corazón: recojedlas, que ellas son "flores del árbol caídas."

Isla de Cuba.

CATALINA RODRIGUEZ.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

(Continuación.)

SEGUNDA PARTE.

I.

Una tarde del año 1847 salían dos señoras de la iglesia de S. Juan en Darlingen, donde acababa de terminar la oración. Una de ellas llevaba la cabeza baja y parecia triste.

Al final de la larga calle de la iglesia se detuvieron como para despedirse y tomar cada una diferente camino. La mas anciana de las dos dijo en voz baja:

—Eal... valor, Teresa: estoy segura que te engañas. Pottewal es un buen muchacho y solo pide un poco de afecto por tu parte.

—Ah! y yo soy, sin embargo, tan desgraciada!... suspiró la otra. Ni en mi propia madre hallo consuelo porque Pottewal no aparece á vuestros ojos tal cual es, y si le tratáseis de cerca, madre mía, veríais cuán holgazan es, cuán desidioso, y tan insensible como un pedazo de madera!... hace tanto caso de mí como de una criada.

—Esas son aprensiones tuyas!... replicó la anciana. El hombre siempre es hombre. Si Pottewal fuese mas vivo te quejarías de su rudeza, y porque es bueno le reprochas su frialdad. Tú no eres razonable, Teresa.

—Pero es posible que no pueda hacerme comprender mi desgracia? exclamó la jóven con desaliento. ¿Creeréis, mamá, que se pasa los días enteros en Bruselas, en Anvers, ó en Louvain, mientras yo me aburro en mi cuarto, sola y desesperada? Si al menos fuera por aumentar nuestra fortuna, pero nada de eso; pierde un tiempo precioso, sin emprender negocios de utilidad, sin ganar nada. Cuando viene á casa apenas está una media hora conmigo, y en seguida se va al café ó se acuesta. ¡Ah! me rezeo yo una vida tan amarga?

—No puedo saber hasta qué punto sean fundadas tus quejas, respondió la madre; y por lo tanto, me limito á repetirte mi consejo: pon siempre á tu esposo buena cara cuando venga y si alguna cosa no te agrada háceselo comprender con dulzura; pero guárdate bien de hablarle con dureza, y de recibirle ásperamente cuando llegue de buen humor y te manifieste su afecto. De otro modo, no hay medio de ser dichosos. Conócelo, Teresa.

—Si yo tuviera por lo menos un niño podría olvidar mi

soledad!... dijo la jóven con tristeza; pero ¡ay! hasta este consuelo me es negado. Yo moriré sin hijos!... Todo!... Todo para mi hermana!... nada para esta infeliz!... Ah! mamá, qué pronto dejaré este mundo!...

La anciana señora tomó la mano de su hija y exclamó con tono compasivo y medio regañón:

—No digas esas cosas tan desagradables, hija mia. Pottewal vendrá en el tren de las seis, no es verdad? Ensaya, pues, á seguir mi consejo, recíbele con amabilidad, abrázale...

—Pero mamá... creéis que somos todavía niños?

—Bien, no le abracés, pero estréchale afablemente la mano; muéstrate alegre y afectuosa con él y verás como no habla mas de irse al café y permanece á tu lado.

—¿Acaso Pottewal se ha quejado de mí á vos? Si yo supiera semejante cosa!...

—Ante todo, Teresa, tú eres mi hija y conozco tu carácter; tienes buen fondo; pero te enfadas con frecuencia y eres áspera.

—Eso es!... concluiré por ser yo misma la causa de mi desgracia!...

—Qué arriesgas con ensayar mi consejo?

—Estaría bueno que fuese yo adulando y requebrando á Pottewal!...

—No, no es adularle; es manifestarle un poco de afecto... Ahora, Teresa, adios; no quiero que tu padre se impacienta por mi larga ausencia. Ten presente los consejos de tu madre,

Luego la anciana se encaminó hácia su casa y Teresa tomó una direccion opuesta.

Al cabo de la calle, se encontró con una señora anciana, de gruesas mejillas y cabellos canos, que la vió venir de lejos y parecía esperarla: al aproximarse salió á su encuentro y la dijo con tono compasivo:

—Pobre madame Pottewal!... tan pálida!... vos sufrís, no es cierto? Ah! yo tengo buena vista y conozco á cincuenta pasos que teneis algun pesar. Vamos, un poco de valor, querida mia, esto mejorará con el tiempo.

—Os engañais, madame Kwas; dijo Teresa: yo estoy contenta y no tengo ningun pesar.

—Ah! dijo riendo madame Kwas; eso se dice siempre, la mujer tiene que doblar toda su vida la cabeza bajo la tiranía de los hombres egoistas, y no es bastante todavía esto, sino que el mundo insensato nos obliga á sufrirlo todo y á ocultar nuestro pesar sin quejarnos. Ved á Mr. y madame Doover-Cortbeen, delante de gente se manifiestan muy satisfechos el uno del otro y se acarician como dos tórtolas; pero en hallándose solos empieza la guerra y se arrojan al rostro las mas horribles acusaciones. De eso pasa mucho en Darlingen, á la vista un paraíso terrestre, en el fondo un infierno.

—En efecto, madame Kwas; dijo Teresa; suele ceder así. ¿Quién hubiera podido preveer lo que pasa en casa de Snek-Bollinck?

—Pues qué sucede? preguntó la anciana con los ojos encendidos por una viva curiosidad.

—Cosas graves.

—Cosas graves! pues no sé nada. Hablad pronto, madame Pottewal; me son antipáticos los Snek; esos ricos nuevos tan presuntuosos!...

—Madame Snek tiene un ojo azul y el rostro hinchado. Eso ya lo sé; se ha caído ayer en la cueva.

—Inocente!... ha sido su marido que le ha puesto la mano.

—Estais segura, madame Pottewal?

—Su criada lo ha contado en secreto á la nuestra; y semejantes escenas no son allí raras á lo que parece.

—Qué hombres!... qué hombres!... exclamó la señora levantando los ojos al cielo. No hay uno solo que no merezca la horca. Verdugos hipócritas!... El mejor es un tirano y verdaderamente, querida mia, que tengo lástima de vos.

Estas palabras parecieron desagradar á Teresa; un relámpago de ira brilló en sus ojos; pero se contuvo y respondió con una falsa indiferencia:

—Lástima de mí!... porqué? No teneis motivo.

—Pues qué tan satisfecha estais de vuestro marido?

—Ciertó; Pottewal es el hombre mejor del mundo; y me considero muy dichosa con él. Mi casa sería un paraíso terrestre, añadió suspirando, si Dios quisiera bendecir nuestro matrimonio dándonos un hijo; pero yo espero todavía en su misericordia.

Madame Kwas sacudió la cabeza con aire de duda.

—Pobre mujer!... dijo ella; bastante haceis en creer que son únicamente los negocios de su comercio los que ocupan á vuestro marido, mientras le esperais en el aislamiento. Así somos todas; esa ciega confianza es la causa de nuestra desgracia.

—Qué quereis decir? murmuró Teresa espantada.

—Hoy no es grave; pero como todo gran mal tiene un pequeño principio... yo no quisiera mezclarme ciertamente, si mi sincero afecto por vos, no me hiciera un deber el advertiros hoy que es tiempo todavía.

—Y bien, vamos á ver, ¿qué sabeis vos?

—Oh! Madame Pottewal, no es bueno hablar aquí de semejantes negocios.

—Venid á mi casa.

—No; porque debo estar antes de una hora en casa del fabricante Zavelman, se oyen allí una porcion de cosas que no se saben en ninguna parte. Paseémonos por los boulevards, bajo los árboles, allí no hay gente y hablaremos con entera libertad.

Tomaron una calle lateral y se dirigieron á largos pasos al paseo; allí la jóven repitió su pregunta:

—Y bien, decidme ahora lo que sabeis.

—Voy á decíroslo; pero antes decidme vos si sabeis lo que ha hecho el miércoles en Bruselas vuestro marido.

—Fué al mercado de granos segun su costumbre.

—El volvió muy tarde á casa, ¿no es esto?

—En efecto, con el último tren.

—Y no os habló de un banquete con sus amigos?

—No.

—Lo veis? Ellos son todos igualmente hipócritas. Aunque sepan que la mujer desolada se muere de hastío en la casa, fingen ignorarlo y solo piensan en sus placeres. Mr. Pottewal estaba sentado esa mañana delante de la puerta del café de las *Mil coronas*, cansado de beber, de comer, y de reir con sus amigos. Vuestro cuñado Ernesto Decock estaba sentado á su lado y se demostraban mucho afecto.

—Hola!... hola!... gruñó madame Pottewal, con una cólera concentrada. ¿Ernesto Decock estaba con él, y hablaban en plena calle?... en público?

—Le habeis prohibido ir á su casa?

—Sí, ciertamente; se lo he prohibido. Esas no son gentes de nuestra clase; por fin cuando no pueda evitarlo debe hablarle; pero en medio de la calle!... delante de la puerta de las *Mil coronas* ó en medio de la plaza de *La Moneda*!... oh! eso no.

—Teneis razon, madame Pottewal; no se debe tener mucha familiaridad con esa gente; es preciso precaverse contra toda debilidad, evitando así la ocasion de que vengan á pedirnos dinero. Mas no era de eso de lo que yo venia á hablaros; vuestro marido ha comido con una docena de amigos en casa de Dubos, donde el vino no estuvo escaso, por lo cual estuvieron excesivamente alegres, lo que no os asombrará, y mientras los tapones del Champagne saltaban en torno de estos hombres egoistas, sus mujeres encerradas en sus casas se ocupaban en contar los puntos de su labor, y quizás, condoliéndose de sus esposos, que se esforzaban por ganar unos sacos de trigo.

M.^{me} Pottewal guardó un instante silencio; luchaba interiormente contra los esfuerzos de M.^{me} Kwas, por escapar á la humillacion de confesar que no era dichosa en su matrimonio.

—Ahora recuerdo, dijo ella, que mi marido me habló en efecto de una apuesta, que fué perdida por un mercader de Anvers. Habian apostado una comida.

—Un mercader de Anvers!... exclamó la vieja riendo: si la perdió vuestro marido; él solo la pagó y fué una cena espléndida.

Esta revelacion hizo sobre Teresa un efecto terrible, pudiendo apenas ocultar su violenta cólera. Sin embargo, al cabo de algunos instantes, respondió con aparente calma:

—Siento que Pottewal me haya ocultado la pérdida de esa apuesta, por lo demás no veo un gran mal en que se divierta un poco con sus amigos.

—Veo que no sois feliz, querida amiga; pero no quereis ser franca, y me ocultais vuestros sentimientos; por lo tanto, no os diré donde pasó vuestro marido la velada.

—Cielos! quizá en casa de mi hermana Herminia?

—No; en Wauxhall, detrás del parque. ¿Conocéis á M.^{me} Dools de Darlingen que vive actualmente en Bruselas?

—Esa loca orgullosa!...

—Justamente; esa vanidosa que tiene llena de aire la cabeza.

—Y qué sabeis de ella?

—Que estubo con vuestro marido mas de dos horas sentada en la misma mesa en el jardin.

—Imposible!

—Y él estaba muy parlanchin y aparentaba complacerle mucho la compañía de esta coqueta.

—Oh! qué horribles calumnias!... eso es increíble! murmuró M.^{me} Pottewal con voz ronca; ¿pero estaba sola con él?

—Tambien estaba el marido; pero entretenido en oír la música no hacia caso de su animada conversacion.

—Sois una mala lengua, M.^{me} Kwas; replicó Teresa con cólera; ¿qué tiene de particular que mi marido hable con M.^{me} Dools si ellos se encuentran por casualidad?

—Mala lengua!... repitió la vieja; pues hé dicho la verdad; y si esto fuera tan sencillo como vos decís, ¿porqué Pottewal os lo oculta?

—Pero por amor de Dios!... qué quereis decir? Sospechais acaso?...

—Yo no creo ni dejo de creer; ese es negocio vuestro; averiguadlo, yo cumplí mi deber advirtiendoo el peligro... Eal!... adios; la venta va á comenzar y tengo prisa.

Diciendo esto se alejó dejando á su compañera en medio del paseo, pálida, con los ojos fijos en tierra, estremeciéndose interiormente y temblando de cólera al calcular las maliciosas palabras que acababa de oír.

Su buen sentido la decia que todo era una calumnia dicha de mala manera para hacerla sufrir; creia muy natural que su marido hablase con los conocidos cuando los encontraba y sobre este punto quedaba tranquila; pero su carácter intransigente y agrio, encontraba tambien motivos de enojo en las revelaciones de M.^{me} Kwas. Su marido habia estado sentado en público con Ernesto Decock y conversó familiarmente con él. Y además habia hecho sin duda una apuesta estúpida, y perdido una cena para diez personas. Quizá Ernesto fué uno de los convidados, y quién sabe si hablarían de su suerte respectiva, de la felicidad que disfrutaban en sus casas! Acaso Pottewal se habria quejado á Ernesto. Luego pasó toda la noche en Wauxhall muy divertido... ¡y todo esto se lo habia ocultado!

Volvió sobre sus pasos y tomó tristemente el camino de su casa; sus ojos brillaban apareciendo en sus labios una sonrisa amarga, y murmurando entre dientes palabras duras.

Delante de la puerta de su casa estaba la criada ocupada en sacudir una alfombra.

M.^{me} Pottewal se la arrancó con violencia de las manos y arrojándola en el vestíbulo exclamó:

—Entrad pronto!... y entró gruñendo en la casa. ¿Qué significa esto? porqué sacudís las alfombras en la calle?... no he visto torpeza igual!...

—Pero señora; me habeis prohibido sacudirlas en el jardin!... balbuceó la criada con asombro. ¿Dónde, pues, debo sacudir el polvo? creo que no he de hacerlo en las habitaciones.

—Callad, insolente; y obedeced sin replicar, de lo contrario saldreis de mi casa.

—Yo pregunto, señora, lo que debo hacer...

—Eal! á la cocina y dejadme en paz!... vuestras habladurias me atacan á los nervios!...

Abrió la puerta de una sala, arrojó sobre una mesa su chal y su sombrero y comenzó á pasearse de un lado á otro del aposento, poseida de una cólera febril. Ella refulguaba en voz baja, extendia los puños y parecia reñir con alguno.

En fin salió de la sala y atravesó un corredor. Allí tres perros de caza dormian cada uno en su cama: dió un violento puntapié al que estaba mas cerca y exclamó:

—Andad, perezosos!... tragones!... decidse á vuestro amo; esto no durará mucho tiempo así!...

Entró en un almacén donde dos viejos obreros estaban ocupados en trasladar un monton de grano. Los lamentos del perro les hicieron volver la cabeza interrumpiendo su tarea.

(Se continuará.) FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

UN COLEGIO DE SEÑORITAS EN PROVINCIA.

(CONTINUACION.)

Cuando vió á su hijo inundado de sangre y sin dar ninguna señal de vida, prorumpió en gritos desgarradores:

—Muerto! exclamó, muerto, asesinado! Y vos, añadió en el colmo del dolor y dirigiéndose al teniente, vos le habeis dejado matar sin defenderle! Era esa la amistad de que tanto se hablaba!

—Señora, interrumpió el médico, nadie mas que yo ha derramado la sangre de vuestro hijo; él, no se ha batido siquiera. Sin embargo, no trataré de ocultaros la gravedad del caso, y necesito de toda mi experiencia para prevenir, en cuanto me sea posible, los accidentes que puedan sobrevenir. Permitid, pues, que se le conduzca á su habitacion y procurad que no se sienta el mas leve ruido. Su organismo se halla en las presentes circunstancias en un estado de sensibilidad tal, que son necesarios los cuidados mas exesivos.

—Podeis estar tranquilo, doctor, dijo al momento la pobre madre, conteniendo por medio de supremos esfuerzos de voluntad la explosion de su pena, no será yo quien os estorbe en lo mas mínimo, no será yo seguramente quien agregue otro peligro á los que amenazan ya la vida de mi querido hijo.

Mientras que se transportaba al jóven á su cuarto, la señora de Courtel trató de informarse del paradero de su marido.

—Viene á pié con el señor Dupont, se apresuró á decir el teniente, porque el carruaje no podia conducirnos á todos, y además era un terrible espectáculo para un padre; por esta razon, el doctor le ha propuesto que me dejase venir en su lugar con el objeto de sostener á mi pobre amigo, entre tanto que se le dispensaban los cuidados que requeria su estado.

La madre de Gaston no preguntó mas y siguió silenciosa el triste cortejo.

Cuando Gaston estuvo acostado en su lecho, el doctor pidió mostaza y lienzo para ponerle unos sinapismos. Los criados, llenos de consternacion, corrian de un lado á otro sin acertar con nada; pero la tierna madre estaba allí y ella lo encontraba todo. Abrió una cómoda, cogió una camisa, la puso en tiras, hizo vendas y se las presentó al médico. Así que trageron la mostaza, ella misma formó los sinapismos, ayudó al doctor á colocarlos, y luego se mantuvo inmóvil al pié de la cama, como la madre de Cristo al pié de la Cruz.

El doctor estaba sentado y tenía entre sus manos la del enfermo. El alma de la madre se habia trasladado á sus ojos, expiaba en la fisonomía del hombre de la ciencia las impresiones que reflejaba y desgraciadamente este exámen no era nada á propósito para tranquilizar su triste corazón, porque el doctor, con las cejas arrugadas y la boca entreabierta, parecia esperar algun síntoma que no acababa de manifestarse. De repente, sus facciones recobraron su estado normal.

—El pulso se arregla, dijo entre dientes.

Transcurrió un minuto en medio del mas religioso silencio, durante el cual, la señora de Courtel, que se pusiera de rodillas, oraba con fervor. El médico cogió al fin la mano de la pobre madre y exclamó sonriéndose y alentándola:

—Esperad!

Y ella, tan fuerte contra el dolor, no pudo soportar la alegría que le causó esta palabra, y llevando convulsivamente su pañuelo á los labios, salió de la habitacion ahogando sus sollozos.

Un cuarto de hora despues llegaba el señor de Courtel sostenido por el señor maestro y por el hermano de Estela, que no le habian abandonado un instante. Estaba pálido como un espectro y apenas podia andar.

—Se ha salvado! le gritó el teniente así que lo vió desde la ventana.

Estas palabras parecieron prestarle nueva vida, y arrancándose de los brazos que lo sostenian, subió corriendo la escalera que conducia al cuarto de su hijo,

VII.

ESTELA.

El señor maestro, despues de haberse asegurado de la mejoría de Gaston, no tuvo otro pensamiento mas que el de ir á participar á Blanca, con todos los detalles, los terribles sucesos de aquella mañana; detalles que sabemos ya con qué ansiedad esperaba la pobre jóven. El excelente hombre no ignoraba el interés que la muchacha tenia por su antiguo discípulo; y, ciego en medio de la sencilla admiración que le inspiraba la jóven directora del colegio, no llegara á dudar ni un solo momento que la familia de Courtel se consideraria dichosa y honrada con semejante alianza.

Blanca se precipitó á su encuentro seguida de Estela, que no la habia dejado.

—Y bien? preguntó con voz alterada.

—Vive! Vive y vivirá, señorita! Oh! Es un gran corazon el de mi noble Gaston! Si le hubiérais visto cuando recibió vuestra carta! Qué combate, Dios mio! Qué victoria consiguió sobre sí mismo! Qué hermoso estaba pronunciando las excusas, que le indicaba el teniente, y que habian hecho salir de sus labios únicamente las palabras contenidas en vuestra carta! Y luego, si estuviérais presente cuando ha caído murmurando: "¡Blanca, una vez que no quieres mi vida, recibe el sacrificio de mi honor!"

—Ha caído! Decís que ha caído! Pero, entonces se batió! exclamó Blanca que no comprendia nada del discurso del viejo.

Este contó al fin cómo el duelo fuera interrumpido, y las consecuencias funestas que pudiera haber tenido para Gaston.

—Mas, estais bien seguro de que se ha salvado? preguntó la jóven.

—¿Me atreveria acaso á presentarme delante de vos, si temiese aun por su vida? ¿No sé por ventura que le amais? contestó el señor Dupont.

—Ah! es cierto. Sí, sí, le amo! exclamó Blanca arrojándose en los brazos del viejo, pero él no lo sabrá jamás!

—Y porqué? repuso el buen hombre, que no comprendia que los obstáculos pudiesen venir de parte de Gaston, si hay algun hombre digno de poseeros, es él.

—Pero yo no tengo nada, y Gaston es rico...

—Vos... no tenéis nada! dijo el profesor tan estupefacto que hizo sonreír á las dos nuevas amigas.

En este momento sonaron las dos.

—Las dos! exclamó el señor maestro, y mi lección de geografía!

Y se dirigió corriendo hácia la clase.

—Un instante, amigo mio, dijo Blanca deteniéndole: habeis almorzado?

—Creo que no, señorita, respondió él, llevando sus manos al estómago como para consultarlo.

—Es decir que estais en ayunas? añadió Blanca llamando á Juana que se presentó en seguida. Traed un caldo pronto al señor maestro, que no ha almorzado todavía, le dijo á esta.

—No ha almorzado! exclamó Juana que se marchó corriendo y volvió lo mismo, trayendo el caldo y una botella de vino sobre una bandeja.

Un cuarto de hora despues, el profesor, algo confortado ya, entraba en la clase para dar su lección de geografía.

La noche de este mismo dia, se colocó una cama de colegiala en la habitacion de Blanca; para una nueva discípula. Esta colegiala tenia veinte y cinco años y se llamaba Estela de Bois-Robert.

Al cabo de algunos dias la jóven viuda llegara á ser el ídolo de las que nombraba, riéndose, sus compañeras; se mezclaba en sus juegos, tocaba contradanzas con las grandes á cuatro manos, vestía las muñecas de las pequeñas y bailaba en la rueda con todo el mundo. Enriqueta, so-

lamente, la guardaba algun rencor por la afección que Blanca demostraba hácia ella; pues la inocente niña tomaba por lo serio la calificación de colegiala que se le daba en el establecimiento á la interesante viuda. Sin embargo, Estela era tan amable, que la niña no pudo resistir á las caricias de su nueva y crecida compañera. Esta, que adoraba á los niños, concibió muy pronto un tierno cariño por aquella encantadora *miniatura*, como llamaba á Enriqueta, y declaró que habia tomado la determinación de establecerse en provincia, al lado de su amiga Blanca y de su muñeca, otro nombre que daba á la hermanita de Gaston. Se decidió, pues, que despues del casamiento del hermano de Estela, iria esta á París con objeto de arreglar varios negocios, y volveria luego á instalarse definitivamente en el colegio.

—Pero, le decia su hermano, ¿has renunciado acaso á volverte á casar?

—No pensaba mas que en crearme nuevas afecciones; ahora, poseo una buena y leal amiga; tengo casi una hija y muy pronto me proporcionarás tú tambien una hermana; creo que eso es lo bastante para ocupar mi vida.

—Y si tu amiga se casa?

—Si se casa? Qué me importa! Seré muy dichosa, porque ella no se casará sino con un hombre á quien ame.

—Pero, que harás en ese caso?

—Haré... lo mismo que ella tal vez.

—Ah! sea enhorabuena. Eso ya es responder algo.

—Entretanto permaneceré en el Colegio y no me vendrá nada mal, pues desde que conozco á Blanca, he comprendido que mi educación está algo descuidada.

—Querida mia, tú eres quizá la única que piensa así.

—Esa es una galantería nada estraña en un hermano.

—Es que conozco mas de un juez competente que es de mi mismo parecer.

—Y... quien?

—El señor sustituto, por de pronto.

—Ah! no pronuncies nunca delante de mí el nombre de ese infame!

—El Presidente del tribunal...

—Tiene cincuenta años!

—El teniente de gendarmes.

—Y... quién mas? dijo Estela ruborizándose.

—A fe mia, creo que el jóven teniente es un hombre digno de estimación por muchos conceptos. Qué piensas tú de él, hermana mia?

—Gaston de Courtel le aprecia muchísimo.

—No se trata de Gaston, sino de tí.

—Dios mio! yo no tengo motivo alguno para pensar de otra manera.

—Pues bien, querida mia, si tu amiga Blanca se casa con Orestes, yo te recomiendo á Pilades.

Aquel á quien el hermano de Estela llamaba Orestes, se encontraba en este momento caminando hácia París. Apenas restablecido de la terrible crisis que hubiera de costarle la vida, se habia presentado una mañana en el gabinete de su padre con la carta de Blanca en la mano.

—Padre mio, habia exclamado enseñándole la carta y sin nombrar á la jóven, no he hecho hasta ahora mas que la mitad de lo que *ella* me prescribe, y vengo á solicitar de vos los medios necesarios para cumplir *su* voluntad en un todo. "Dejad este pueblo, me dijo, hasta que me hayais olvidado." Me ha impuesto la pena de destierro: la sufriré sin murmurar siquiera.

—Es decir que quieres abandonarnos, y tal vez sin pensar? se apresuró á decir el señor de Courtel con tono de reconvencción.

—Sin pesar, padre mio! Oh! No lo creais así seguramente. Pero, soy tan desgraciado en estos sitios donde todo me habla de ella y donde me está prohibido pronunciar su nombre!

—Efectivamente, puede ser que tengas razon. Te daré una carta para el ministro, y pasarás algunos años en las oficinas del ministerio.

—Algunos años! exclamó Gaston suspirando.

—Si quieres seguir la misma carrera que yo preciso es

que empieces por desempeñar algun destino en el ministerio de Hacienda.

—Es muy justo, padre mio, pero... si vos quisiérais! Esa jóven aceptaria tal vez la única reparación que puedo ofrecerle, y entonces... yo no tendria necesidad de deterrarme de aquí, ó bien ella partiria conmigo.

(Se continuará.)

EMILIO CAULA.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 90.

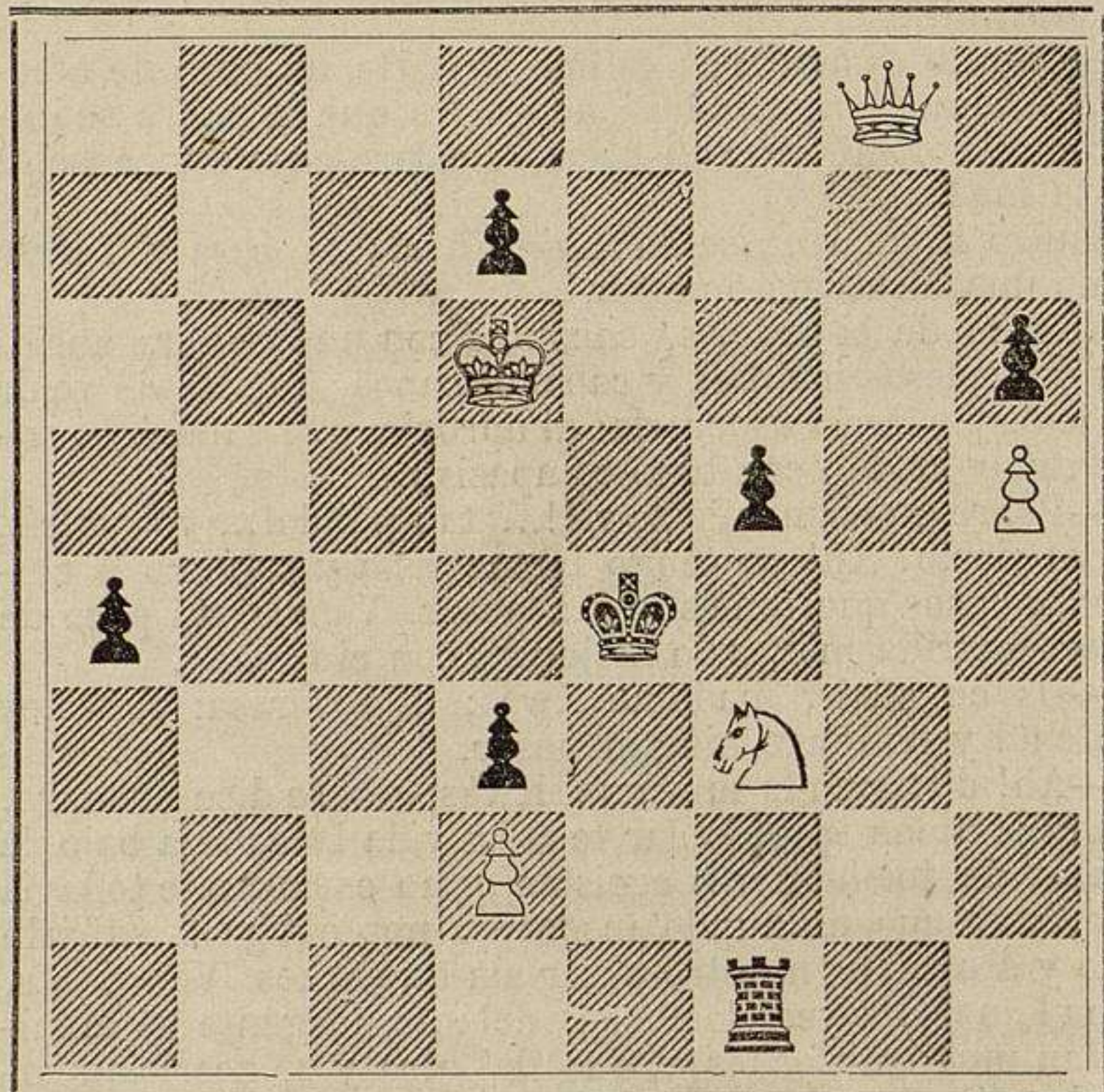
Blancas.

Negras.

- | | |
|----------------------------|--------------|
| 1.ª T. toma A. jaque. | R. toma T. |
| 2.ª C. 5.ª R.ª jaque. | R. 2.ª R.ª |
| 3.ª R. 3.ª C.R. | P. 3.ª A.R.ª |
| 4.ª T. 8.ª R.ª jaque-mate. | |

PROBLEMA N.º 91, COMPUESTO POR M. PH. KLETT.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 5 jugadas

Explicacion del figurin iluminado.

N.º 1.º SOMBRERO DE PAJA AMARILLA, orlado de terciopelo encarnado y cascabelillos largos de paja; follage gris; bridas de tafetan blanco.

N.º 2.º SOMBRERO DIADEMA, enteramente guarnecido de violetas de Parma, velillo echado atrás de tul de seda blanco.

N.º 3.º SOMBRERO REDONDO DE PAJA AMARILLA, guarnecido con un fleco de lirios de los valles y una gran rosa encarnada; velo de tul blanco.

N.º 4.º SOMBRERO DE PAJA AMARILLA, con doble diadema de terciopelo negro, guarnecido de bucles de paja; pájaro del paraíso color paja; bridas pequeñas de terciopelo negro cruzadas por debajo de la barba.

N.º 5.º SOMBRERO DE PAJA BLANCA, bordado de cuentas de azabache; rosas color rosa; bridas pequeñas estrechas de cinta blanca.

DIRECTOR, D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ, 1867. — IMPRENTA Y LIT. DE LA REVISTA MÉDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba n. 1.

A LOS NUEVOS SUSCRITORES DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

Habiendo reimpresso esta Empresa los números que faltaban para completar algunas colecciones de años anteriores, las ofrece á los mismos en los precios siguientes:

La respectiva á 1862.	por 140 reales vellon.
„ á 1863.	por 140 „
„ á 1864.	por 160 „
„ á 1865.	por 160 „
„ á 1866.	por 160 „

Tomando todas las colecciones se darán en 500 rvn.

En America fijan el precio los Sres. Corresponsales.

En atencion á ser muy pocos los ejemplares que hay disponibles, la venta se hará exclusivamente á los que sean suscritores á La Moda Elegante en la actualidad.

Los pedidos se dirigirán, acompañados de su importe en letras de fácil cobro, á la Administracion de Madrid, plaza del Príncipe D. Alfonso, núm. 8, ó á la de Cádiz, calle de Ahumada, núm. 5.

El Administrador: CELSO MERLO.